

En torno a “montoneras” y “montoneros”: política y disputas por la imposición de sentidos en la historiografía argentina

Por Patricia A. ORBE*

Introducción

DENTRO DEL COMPLEJO CAMPO de la producción historiográfica y aún más en el de la historia política argentina, el término *montonera* o *montonero* ha generado un amplio abanico de definiciones e interpretaciones en muchos casos polémicas. Aquellos que por nuestra trayectoria académica nos hemos especializado en el devenir histórico nacional de las últimas décadas, casi irreflexivamente remitimos dicho vocablo a la agrupación armada que en 1970 hiciera su gran debut en la arena política argentina con el asesinato del general Pedro Eugenio Aramburu, sin atender a la larga trayectoria que la expresión y el fenómeno que designa han recorrido antes y después de que esos jóvenes peronistas la erigieran en estandarte de su identidad política.

Existieron “montoneros” antes de los “Montoneros” —on mayúscula— pero, ¿qué sabemos de ellos?, ¿por qué esta agrupación se identificó con el fenómeno social que representa esa voz?

En distintas declaraciones públicas de la organización y de miembros de la misma en forma individual, la identidad montonera aparece sustentada en la expresa inscripción de la agrupación en una corriente política nacional y popular que decía “ostener desde la Revolución de Mayo de 1810 la defensa de los intereses de la nación contra los embates imperialistas de cada circunstancia histórica”.¹ Se consideraban parte de esa corriente mediante la cual el pueblo argentino había pro-

* Asistente de docencia en el Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina, e-mail <p_orbe@hotmail.com

¹ Cf. “Hablan los Montoneros”, *Documento, cristianismo y revolución*, núm 26 (noviembre-diciembre de 1970), pp 97-98, en Roberto Baschetti, comp., *Documentos 1970-1973 de la guerrilla peronista al gobierno popular*. La Plata, De la Campana, 2004 vol. 1, pp. 97-104 Asimismo véase entrevista a Alberto Camps, “Somos un ejército integrado a la vida cotidiana”, *Alternativa* (Bogotá), núms. 65-66 (diciembre de 1975-enero de 1976), cito por Gabriel García Márquez, *Por la libre obraperiodística 4 (1974-1995)*, 5ª ed., Buenos Aires, Sudamericana, 2000, p 99

tagonizado su verdadera historia a través de las campañas sanmartinianas, las montoneras gauchas del siglo XIX, las luchas de los inmigrantes en la creación del sindicalismo argentino y del nacionalismo del líder radical Hipólito Yrigoyen. Desde esta perspectiva historiográfica, afirmaban que en 1945 los hijos del país y de los inmigrantes se habían unido para poner freno al imperialismo y a los opresores locales a través de Perón, su líder, y de su abanderada Evita.² En consecuencia, la proscripción del peronismo significaba la proscripción del pueblo por parte de la oligarquía “antinacional y vendepatria”,³ por lo que se enfrentaban a la dictadura que los excluía:

Así el pueblo no se engaña, porque cuando decimos Perón, hablamos del líder, del Movimiento y de las luchas de liberación de los pueblos del Tercer Mundo, y cuando decimos Muerte afirmamos nuestra decisión de ser leales hasta el fin a la causa popular

Es por esta convicción de guerra a muerte y por tener conciencia de que igual convicción tuvo en anteriores oportunidades el pueblo argentino, que nos llamamos Montoneros y que nuestra lucha es la resistencia armada. Va en esto nuestro homenaje y reconocimiento a los que protagonizaron esas luchas por la patria, y va nuestra decisión de morir peleando, la asimilación del ejemplo que ellos nos dejaron.⁴

Los mismos Montoneros manifestaban ser conscientes de que la tradición historiográfica argentina había tratado con “cierto énfasis peyorativo” a las montoneras gauchas de las que se reclamaban herederos,⁵ sin embargo ellos asumían el nombre con orgullo, reivindicando un destino heroico.

Algunos analistas intentaron explicar esta construcción identitaria considerándola una manifestación del proceso de afirmación de la “argentinidad” por medio de la adopción de símbolos nacionalistas, propio del momento histórico que se estaba viviendo en la Argentina,⁶

Cf. “Hablan los Montoneros”, en Baschetti, *Documentos 1970-1973* [n. 1].

² *Ibid.*, p. 97

³ *Ibid.*, p. 102.

⁴ Cf. Camps, “Comos un ejército integrado a la vida cotidiana” [n. 1], p. 99

⁵ “Tomando el nombre de Montoneros, los jóvenes militantes afirmaban los méritos de la gente común, al tiempo que resucitaban poderosos símbolos nacionalistas con que pudieran identificarse tanto los xenófobos como los antiimperialistas. ‘Montoneros’ y sus connotaciones revisionistas ofrecieron a los jóvenes argentinos un pasado y unos héroes nacionales; les dieron una identidad nacional en un país en que el proceso de construcción nacional seguía caracterizado por el origen inmigrante de generaciones no muy lejanas; y representaban una afirmación de ‘argentinidad’ frente a los intereses extranjeros dominantes y las ideas foráneas [] Se rebelaron contra la influencia ‘yanqui’, adoptaron las leyendas y los símbolos de un pasado nacional y al mismo tiempo identi-

tal como lo expresa Richard Gillespie en una de las primeras obras de investigación publicadas sobre Montoneros. Pero lo más significativo radica en que este autor afirma que la adopción de este nombre "fue motivada por la romántica nostalgia de una idílica épica pastoral parcialmente imaginaria en que los gauchos recorrían las pampas como hombres libres".⁷ Esta aseveración nos permite preguntar: ¿los Montoneros tenían una visión distorsionada del pasado de las fuerzas populares? Si, como sostiene Gillespie, adherían a una "épica pastoral parcialmente imaginaria", ¿cómo son las proporciones entre realidad y ficción que la sustentan? ¿Cuántas versiones existen sobre las montoneras argentinas del siglo XIX? ¿Cuáles son producto de ideas *a priori* y cuáles surgieron de rigurosas investigaciones históricas?

A fin de aproximarnos a una respuesta tentativa a tales interrogantes abordaremos el análisis de una serie de obras, de distintas épocas y corrientes historiográficas, que han contribuido a la construcción de concepciones heterogéneas en torno a la temática en cuestión.

*Las montoneras como expresión de la barbarie,
el vandalismo y el mestizaje*

HACIA mediados del siglo XIX, Domingo Faustino Sarmiento ofreció una interpretación de este fenómeno social que habría de proyectar una imagen negativa de las montoneras y sus integrantes, convirtiéndose en la visión predominante en la tradición historiográfica argentina por muchas décadas.

Concebidas por el sanjuanino en su obra *Facundo* como "hordas ciegas, instintivas, hostiles a la civilización, al orden y a la autoridad", las montoneras eran presentadas como producto de un movimiento espontáneo de las campañas pastoriles contra la ciudad, como masas inmensas de jinetes que caían de improviso sobre los centros urbanos y campamentos del ejército regular.⁸ Los montoneros, según Sarmiento, estaban imbuidos de una ferocidad brutal y un espíritu terrorista que servía de sostén al poder de los distintos caudillos, desde José Gervasio Artigas hasta Juan Manuel de Rosas:

ficaron internacionalmente a la Argentina contemporánea con el Tercer Mundo y sus luchas de liberación contra el imperialismo", Richard Gillespie, *Soldados de Perón los Montoneros*, 2ª ed., Buenos Aires, Grijalbo, 1998, pp. 112-113

⁷ *Ibid*, p. 113

⁸ Cf. Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo. civilización y barbarie*. Buenos Aires, Bureau, 1999, pp. 51-52

La montonera sólo puede explicarse examinando la organización íntima de la sociedad de donde procede Artigas, baqueano, contrabandista, esto es, haciendo la guerra a la sociedad civil, a la ciudad; comandante de campaña por transacción, caudillo de las masas a caballo, es el mismo tipo que, con ligeras variantes, continúa reproduciéndose en cada comandante de campaña que ha llegado a hacerse caudillo.⁹

De esta manera, ligaba a las montoneras con el caudillismo como sistema del que “se han servido hombres ágaces o malvados insignes”.¹⁰

Si bien reconoce la relativa superioridad militar de la montonera en una campaña larga debido a las ventajas que los encuentros parciales y las sorpresas le proporcionaban sobre el ejército organizado, consideraba que con el paso del tiempo éstas iban perdiendo su “espontaneidad primitiva” y habrían de sucumbir finalmente a “las máximas estratégicas que el arte europeo había enseñado a los militares de las ciudades”,¹¹ demostrando el triunfo de la civilización sobre la barbarie.

También el general unitario José María Paz en sus *Memorias de la prisión*, coincidía con el armamento en la derrota definitiva y el descrédito que aguardaban al caudillismo y, en consecuencia, a la montonera, identificada por su estilo de guerra irregular y por su “sistema vandálico” de organización político-militar.¹² No obstante, en el relato de su cautiverio en un campamento montonero, destacaba:

pude admirar la decisión de aquellos paisanos que se habían armado para sostener una opinión política que no comprendían ¡Qué actividad! ¡Qué brevedad y armonía en sus consejos y consultas, que se sucedían con frecuencia! ¡Qué rapidez en sus movimientos! ¡Qué precauciones para no dejar escapar su presa! ¡Qué sagacidad para evadir los peligros que podían sobrevenirles! Se creería que habían sido bandidos de profesión, sin embargo, como hasta ahora, que eran más bien impelidos por influencias personales que por otra consideración, advertí que cuando raciocinaban sobre aquella guerra y las causas que la habían producido, se entibiaba notablemente su ardor; además, estaban imbuidos de los errores más groseros sobre la administración que regía la provincia, y sus oficiales tenían un gran esmero en que no se les desengañasen. En lo general, fui considerado, hasta cierto punto, y con pocas excepciones no les merecí ni vejámenes ni insultos.¹³

⁹ *Ibid.*, p. 53

¹⁰ *Ibid.*, p. 52

¹¹ *Ibid.*, p. 115.

¹² Cf. José María Paz, *Memorias de la prisión. Buenos Aires en la época de Rosas*. Buenos Aires, Eudeba, 1960, p. 18. Estas memorias comienzan a ser escritas en 1839, cuando está preso en Buenos Aires, y se publican después de su muerte en 1854

¹³ *Ibid.*, pp. 23-24

Subrayaba su falta de formación intelectual y su lealtad a los jefes, basada en un vínculo sustentado en la combinación de la "influencia personal", la ignorancia y la manipulación política. Sin embargo, el general Paz, con asombro, supo reconocer rasgos dignos de admiración en aquellos montoneros, especialmente en lo relativo a su comportamiento militar, su valentía, sus tácticas bélicas y su buen trato hacia el enemigo cautivo, moderando el tono despectivo utilizado por su contemporáneo Sarmiento.

A principios del siglo xx, en sus estudios sobre las multitudes argentina, José María Ramos Mejía profundizaba las reflexiones sarmientinas al presentar a las montoneras decimonónicas argentinas como turbas aventureras y antisociales que huían a los campos donde se mestizaban con los indios para llevar una vida "vegetativa y salvaje".¹⁴ En su análisis, dotado de un pretencioso vocabulario científico, afirmaba categóricamente que las montoneras de las cuales salieron los caudillos "diferían antropológicamente" de la población de las ciudades y la campaña suburbana debido a que en sus venas corría sangre india.¹⁵ En el mestizaje estaba, para este autor, la clave para comprender la naturaleza de la montonera:

Las tribus de Minuanes, Charrúas, Jaros, etc no se extinguen en el verdadero sentido fisiológico de la palabra, del mismo modo que no se pierden el oxígeno y el hidrógeno al transformarse en agua, bajo la acción de una corriente eléctrica. Todas las *montoneras* (su mayoría por lo menos), si no procedían de allí por lenta transformación biológica, tenían sin duda el dejo acre en la influencia de esa sangre. Sus borracheras homéricas, la igualdad sin clases, sus armas y el odio a la *ciudad*, residencia del extranjero, es decir, del español, su color y hasta el tipo de su barba, de su mano, de su pie, finalmente multitud de otros caracteres sociales y antropológicos, estaban revelando su común origen.¹⁶

Ramos Mejía reducía las montoneras a simples correrías de vagos y bohemios, inconscientes, sin propósitos políticos, motivadas por "pasiones estrechas", "necesidades urgentes de la vida" y "sentimientos hostiles o simpáticos".¹⁷ Todas iban hacia el poblado atraídas por la estancia o la pulpería rica; en pelotones o aislados, unitarios o federales; lo que movilizaba a los montoneros era pelear y robar sin sujeción.

¹⁴ José M. Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas* (1910), Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1977, pp. 154-155.

¹⁵ *Ibid.*, p. 152.

¹⁶ *Ibid.*, p. 155.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 162-164.

He aquí un cambio en la concepción que hasta el momento se había tenido de la relación entre montoneras y caudillos. Para este autor, no eran ellas las que obedecían a los caudillos sino que por el contrario, éstos debían ceder a “sus caprichos y veleidades, a sus necesidades e impulsos”,¹⁸ para evitar perder su “influencia y poderes sugestivos” al contrariarlas. El caudillo “no tiene otra misión que ir delante la mayoría de la veces, dando en cierto modo forma a la fuerza y apetitos que circulan y dirigen la masa en virtud de instintos oscuros que raras ocasiones parecen orientarla con singular fijeza”.¹⁹

Esta propensión a la anarquía de las montoneras tenía, para Ramos Mejía, sus fundamentos en el “carácter animal de su estructura psicológica”,²⁰ producto de su vínculo fraterno con la naturaleza, a la cual imitaban: “Adoptaban sus colores más vivos para reconocerse en el entrevero y en la noche; tomaban sus gritos y sus interjecciones guturales para intimidar, y a veces, hasta semejaban determinados animales cuyos hábitos y particularidades conocían como el más consumado zoólogo”.²¹

Asimismo el autor de tacaba que aún en su vestimenta, los montoneros reflejan su animalidad inculta, en el uso en batalla de botas de potro, sombreros de panza de burro y plumas de avestruz como distintivo.²² Y consideraba que de esa mimesis con la naturaleza que no ha sentido jamás “el magnetismo de la domesticidad”, los montoneros sacaban fuerzas para enfrentarse contra “la civilización vacilante”.²³

De este modo, podemos afirmar que a partir de sus ensayos y testimonios personales, tanto Sarmiento como Paz y Ramos Mejía, concibieron a las montoneras y sus integrantes como expresión de resistencia al “triumfo de la civilización” en nuestro territorio. Cada uno, desde una óptica personal, contribuyó a consolidar la visión negativa de los montoneros al considerarlos como manifestaciones de la barbarie, el vandalismo e incluso, desde la perspectiva etnocéntrica de Ramos Mejía, como evidencia de la inferioridad racial y cultural que producía el mestizaje en ciertos sectores de la población del país, considerados rémoras del pasado destinados a desaparecer ante el avance del progreso

Si bien Paz tiene una concepción más ambigua de las montoneras y se permite reconocer ciertas virtudes en sus hombres, se suma a los

¹⁸ *Ibid.*, p. 171

¹⁹ *Ibid.*

Ibid. pp 188-189

²¹ *Ibid.* pp. 185-186

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*, p. 188

otros autores al negarles la posesión de ideas o programas políticos propios más allá de los motivos que les proporcionaran sus necesidades inmediatas, su inclinación al combate irregular o a seguir a un caudillo en contra de la ciudad civilizada y todo lo que ella representaba.

*La montonera heroica. revaloración
y nuevas interpretaciones historiográficas*

Aí tiempo en que se difundía exitosamente esta visión negativa, Eduardo Gutiérrez publicaba una obra que pretendía reivindicar a los montoneros de la provincia de La Rioja, seguidores del caudillo Vicente *Chacho* Peñaloza en su lucha contra el ejército del gobierno nacional. En *Los Montoneros*, una novela histórica editada en 1886, Gutiérrez promueve un proceso de revaloración de estos paisanos que conformaron las tropas del *Chacho*, "voluntarias en su totalidad, y sin más disciplina ni freno que el amor a su caudillo, no sólo no habían cometido nunca esas depredaciones que cometían las mismas tropas regulares, sino que eran la verdadera garantía de los departamentos donde campaban".²⁴

Si bien esta obra no es estrictamente historiográfica, su importancia reside en el hecho de que presenta una inversión de signo en la apreciación de las montoneras: en sus páginas, Gutiérrez denunciaba la barbarie del ejército enviado por el flamante Estado nacional a las provincias para terminar con todo tipo de resistencia a su dominio. De este modo, se presentaba a los montoneros como soldados libres, sin paga, mal armados pero con gran temple, peleando de manera heroica para defender su provincia:

Y todos abandonaban sus hogares para marchar con el Chacho, que era el amigo de todos y a cuyo lado no se sufrían torturas ni castigos. Ésta era la razón principal de por qué el Chacho tenía siempre un ejército numeroso, a pesar de todas las miserias y necesidades que con él tenían que pasar.

Si el ejército nacional hubiera procedido de otra manera, si los hijos de aquellas provincias no hubieran sido tratados como bestias feroces y sólo como altas de línea, la guerra con el Chacho no habría durado tanto tiempo. Pero los montoneros se veían obligados a pelear de una manera heroica, porque sabían que sólo así podrían vencer a un enemigo que venía a esclavizarlos y a arrebatarles su hogar, sus hijos y sus esposas.²⁵

²⁴ Eduardo Gutiérrez, *Los Montoneros* (1886), Buenos Aires, Hachette, 1961, p. 92

²⁵ *Ibid.*, p. 255

Asimismo se construye la imagen de un caudillo paternal, severo pero benévolo con sus soldados, que daba ejemplo de valentía y heroísmo y capaz de llegar hasta a su propio sacrificio. Los montoneros lo admiraban y lo acompañaban porque compartían sus ideas y su lucha contra el poder central que avasallaba la autonomía provincial. Para Gutiérrez, el mismo *Chacho* era un montonero, un soldado que hacía la guerra de recursos a los verdugos de su libertad.

Este lento cambio que comenzó a producirse en la visión de las montoneras y de los caudillos se tomó más complejo con el desarrollo de la revisión historiográfica de orientación nacionalista y, avanzado el siglo xx, con la definición de la llamada línea histórica Rosas-Yrigoyen-Perón. Según Juan José Sebreli,²⁶ esta línea que ya estaba implícita en la obra de Manuel Gálvez, fue anudada por el ala nacionalista de los radicales pasados al peronismo, entre los que se destacaban Diego Luis Molinari y el forjista Atilio García Mellid.

En su obra *Montoneras y caudillos en la historia argentina* de 1946, García Mellid afirmaba que la montonera históricamente había sido el símbolo de las ardientes aspiraciones populares argentinas y la expresión de una forma incipiente de democracia basada en la lucha por la libertad.²⁷ Comparaba sus hechos en distintas épocas, al analizar los rasgos distintivos de la montonera federal, la montonera radical y la montonera social.

García Mellid consideraba que en el primer caso se trataba de las clases bajas sin organización regular pero convencidas de luchar por las libertades argentinas contra la oligarquía identificada con el ministro bonaerense y posterior presidente Bernardino Rivadavia.²⁸ Finalmente, sostenía que la montonera federal fue exterminada por la “montonera intelectual” encabezada por Mitre y Sarmiento, a quienes acusa de haberlas difamado para poder eliminarlas sin oposición.

Para el autor, el yrigoyenismo movilizó más tarde a la montonera radical para “que no fueran abatidos, por los montoneros de levita y los doctores de la traición, los fundamentos en que reposa la patria, concebida como la propiedad espiritual *de todos los argentinos*”.²⁹ Por último señalaba que, ante la necesidad de restaurar la nacionalidad y defender al pueblo de la actitud despreciativa de la nueva oligarquía, el

²⁶ Cf. Juan José Sebreli. *Crítica de las ideas políticas argentinas los orígenes de la crisis*. Buenos Aires, Sudamericana, 2002, p. 156

²⁷ Cf. Atilio García Mellid. *Montoneras y caudillos en la historia argentina*. Buenos Aires, Ediciones Recuperación Nacional, 1946, pp. 19-22

²⁸ *Ibid.*, pp. 50-64

²⁹ *Ibid.*, p. 160

coronel Juan Domingo Perón en su papel de caudillo popular había puesto en marcha una nueva montonera social, al interpretar sus simples aspiraciones y sus sueños.

En otras palabras, en esta obra se aseveraba que “la montonera criolla es la medida de nuestra libertad”, debido a que:

La montonera primitiva, desde el terrible año 20 hasta el 52, sostuvo e impuso el *federalismo*; la montonera radical, desde el 90 hasta el año 12, luchó y logró implantar el sistema político de su *soberanía*; la nueva montonera, que desde la muerte de Irigoyen había quedado sin jefatura y destino, aspira a fundar una auténtica *democracia social argentina*.

García Mellid consideraba que frente a las amenazas a su libertad en el pasado y en ese presente de 1946, el pueblo argentino no había tenido otra salida que la insurgencia, el renacer de la montonera rebelde y del instinto certero de su caudillo.³⁰ Por lo tanto, señalaba que en esa identificación recíproca entre pueblo y caudillo, el país había retomado al camino iniciado en Mayo de 1810 y marcado por el federalismo en la ruta que las lanzas montoneras habían abierto hacia la soberanía y la libertad. Pero advierte que las viejas luchas guerreras habían cedido su lugar a las contiendas políticas, dado que el pueblo movilizado en la nueva montonera social cumple su deber en el comicio y en el apoyo que se le brinda al caudillo.³¹ En síntesis, los montoneros eran los gauchos de ayer y en la década del cuarenta, los “descamisados” de Perón.³²

En los años inmediatos al derrocamiento del gobierno peronista y a pesar del estricto orden que proscribía a sus seguidores, José María Rosa, Jorge Abelardo Ramos y Juan José Hernández Arregui también aportan al análisis de la temática sus propias conclusiones en clave nacional y popular.

En su análisis de las guerras de montoneras de los años 1866 a 1868, el historiador José María Rosa presentaba a los montoneros como guerrilleros, seguidores de los caudillos federales —entre ellos, Felipe Varela—, quienes se habían sublevado contra el gobierno de Mitre y el reclutamiento para la guerra contra el Paraguay.³³ Si bien

³⁰ *Ibid.*, p. 168

³¹ *Ibid.*, pp. 175-176

³² *Ibid.*, p. 169

³³ Cf. José María Rosa, *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*. Buenos Aires, Hispanoamericana, 1985, pp. 215-235. La publicación de las notas que aparecieron en el semanario *Mayoría* de Buenos Aires, entre el 16 de octubre de 1958 y el 1º de octubre de 1959

reconoce la realización de algunos saqueos por parte de los montoneros de Varela, según corrobora en sumarios judiciales, sostiene que la dispersión, el temor a los asesinatos, violaciones e incendios con los que se asociaba a las montoneras, habría sido la causa de la leyenda infundada que ha sustentado el repudio generalizado hacia estos gauchos armados, calumnia que los “historiógrafos del coloniaje” habían ayudado a difundir.³⁴

Por su parte Ramos, en su trabajo *Revolución y contrarrevolución en la Argentina, las masas en nuestra historia*, publicado en 1957, concebía a los montoneros como gauchos que peleaban en montón, representantes del “pueblo en armas”.³⁵ Niega categóricamente que la barbarie hubiera engendrado la montonera y el caudillaje, en cambio, sostenía que éstos eran el resultado de la actitud defensiva que se vieron obligadas a asumir las provincias frente a las pretensiones de Buenos Aires y los sectores unitarios.³⁶ Para este autor, las montoneras provincianas, desde las primeras de Artigas, Estanislao López y Francisco Ramírez hasta las de Peñaloza, Felipe Varela y Ricardo López Jordán, eran engrosadas por campesinos criollos arruinados por la voracidad de los terratenientes, que recurrieron al saqueo como un recurso para seguir viviendo.³⁷ Asimismo, consideraba que en su propio presente se reiteraba la opresión sobre los sectores populares, como herederos de aquellos montoneros. Como en el pasado, estas fuerzas populares habrían de desempeñar, para Ramos, un papel fundamental en la historia política del país: “Como lo ha demostrado la historia reciente, los vástagos de las montoneras, convertidos en obreros industriales, lograron remontar la presión inmigratoria fundiéndose con ella y dominándola para jugar un papel decisivo en su propio destino. No debían sucumbir y no sucumbieron”.³⁸

Como los montoneros de López y Ramírez en 1820 cuando derrotaron al ejército del gobierno central, el 17 de octubre de 1945 se habían vuelto a apropiarse de la Plaza de Mayo, planteando una nueva alianza virtual de las fuerzas armadas con el pueblo en la calle, sintetizada en el peronismo.

En este sentido, Hernández Arregui aumentaba la apuesta de Ramos, al decir: “Entre las fuerzas de la línea nacional debe citarse en primer término al peronismo, cuya base es un proletariado industrial y

³⁴ *Ibid.*, pp. 232-234

³⁵ Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina las masas en nuestra historia*, Buenos Aires, Amerindia, 1957, pp. 42-43 y 52

³⁶ *Ibid.*, p. 43

³⁷ *Ibid.*, pp. 36-37

³⁸ *Ibid.*, p. 291

rural con conciencia nacional enraizada al origen nativo, en gran parte provinciano, de esta masa de trabajadores, herederos heroicos de las montoneras y los caudillos federales".³⁹

El vínculo filial entre montoneras del siglo XIX y peronistas del siglo XX, se reafirmaba en su obra al señalar que "el espectro colectivo y sangriento de las montoneras", redivido en el "cabecita negra", seguía haciendo temblar a la oligarquía, nostálgica de un pasado de privilegios ahora amenazado por estas fuerzas "plasmadoras de la nacionalidad" que históricamente habían luchado por la liberación nacional.⁴⁰

Años más tarde profundizando en esta línea historiográfica, Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, intelectuales comprometidos con la izquierda peronista, inscribieron a las montoneras en la historia de la resistencia nacional a la penetración británica.⁴¹ Estas masas populares encabezadas por caudillos como Facundo Quiroga, *Chacho* Peñaloza y Felipe Varela, defendieron los intereses de sus provincias frente a la penetración extranjera y, de acuerdo con los autores antes mencionados, si bien dichos caudillos no tenían conciencia de clase habían desarrollado una fuerte conciencia del sentido de la entrega de los intereses nacionales.⁴² Consideraban que el caudillo en su comandancia de campaña se había convertido en el "foco de reunión del gauchaje" y de allí surgiría la montonera,⁴³ aunque el caudillo no la sometería sino por el contrario se incorporaría a ella. Asimismo, afirmaban que el nacionalismo y el federalismo fueron instintivos en la masa popular porque correspondían a sus necesidades:

Por eso, cuando se vieron atropellados, la conciencia nacional los llevó a la montonera, ganando su destino en el Tala. Los caudillos, sólo en la medida en que se adecuaron a esa dirección que venía del gauchaje, fueron efectivamente nacionales. Cuando se apartaron de las masas dejaron de ser caudillos, dejaron de ser nacionales. Nada mejor, para probarlo, que recordar a ese estanciero federal que se llamó Justo José de Urquiza.⁴⁴

Al igual que los autores de la corriente de la izquierda nacional, ya mencionados, Ortega Peña y Duhalde vinculan las montoneras gauchas con el peronismo al decir: "Cuando las masas del siglo XIX se transfor-

³⁹ Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional* (1960), Buenos Aires, Continente, 2004, p. 345.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 51

⁴¹ Cf. Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, *Facundo y la montonera* (1968), Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1999, p. 20

⁴² *Ibid.*, p. 178

⁴³ *Ibid.*, p. 164

⁴⁴ *Ibid.*, p. 179

man en el siglo xx en masas de trabajadores organizados, el caudillo deja pasar al líder. El líder da mayor direccionalidad al proceso. Es una expresión racional del proceso. Pero el caudillo es en el siglo xix, en la Argentina, el equivalente histórico a lo que el líder es en el xx".⁴⁵

La sociedad montonera-caudillo se reedita en esta obra en la alianza entre los trabajadores y Perón, y es precisamente este postulado el blanco de las críticas que les plantea Leonardo Paso en su libro *Los caudillos historia o folklore*, de 1969. Rechaza severamente todo intento de dar continuidad a las montoneras en la clase obrera de ese momento sobre la base del origen social o de bases políticas programáticas. Considera que los argumentos de estos intelectuales de la izquierda nacional son inválidos dado que:

... ven que esas masas campesinas trasladadas a la ciudad y a la fábrica son social e históricamente una cosa nueva, aunque sigan siendo de piel oscura y sigan teniendo la sangre de sus abuelos. En el fondo, los nacionalistas viven dominados por su prejuicio racista y de clase [...] porque no establecen diferencias entre ese origen campesino de ayer y su esencia proletaria de hoy, aunque esas masas aún arrastren por un periodo elementos del ayer. Semejante "nacionalismo" querría ver a la clase obrera comprimida dentro del marco en que vivieron en el pasado, en su capacidad política, social y cultural las masas gauchas que añoran y por ello reclaman el retorno de su líder.⁴⁶

En otras palabras, para Paso la propia militancia peronista de Hernández Arregui, Ortega Peña y Duhalde terminaba por interferir en sus juicios intelectuales al distorsionar la perspectiva histórica de sus estudios.

Concluyendo, podemos afirmar que más allá de los matices de las interpretaciones particulares, desde la ficción o el ensayo historiográfico estos autores "redimieron" a las montoneras de su valoración negativa, al atribuirles un contenido popular, nacional y libertario. De esa manera, las elevaron a un protagonismo histórico inédito con proyecciones de continuidad de su accionar y su peso simbólico en el siglo xx al reencarnar en el polémico y conflictivo movimiento peronista. Evidentemente, fue en sintonía con esta visión histórica que la agrupación Montoneros decidió adoptar esa denominación como una forma de traducir estas ideas en hechos políticos concretos.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 165.

⁴⁶ Leonardo Paso, *Los caudillos historia o folklore*, Buenos Aires, Silaba, 1969, p. 155

*La desmitificación de la montonera
los últimos aportes innovadores*

ENTRE los trabajos de investigación de las últimas décadas sobre esta temática, resultan significativo los aportes realizados por los investigadores Ariel de la Fuente y Raúl Fradkin debido a que nos proporcionan el acceso a una reconstrucción más rigurosa y empíricamente fundamentada del fenómeno de las montoneras del siglo XIX y un abordaje enriquecido por el análisis de fuentes judiciales y folklóricas que no permiten incorporar a la interpretación histórica el punto de vista de los mismos actores.

A fines de los años noventa, De la Fuente se proponía reconstruir el perfil social de los montoneros y el sentido de esa identificación por parte de los propios protagonistas de los conflictos políticos que se desarrollaron en la provincia de La Rioja en la década de 1860. En el mismo trabajo abordaba el estudio de las montoneras en lo referido a su organización interna y funcionamiento, así como a las motivaciones materiales que tenían sus participantes para integrarse a ellas y seguir a los caudillos.

Al examinar la documentación, el autor deducía que en la época, revolucionario o montonero eran términos usados como sinónimos: "Desde el comienzo de las guerrasciviles, en las provincias del Interior 'montonero' era la denominación que se aplicaba a quienes se rebelaban contra las autoridades, ya fuesen éstas departamentales, provinciales o nacionales".⁴⁷

En el contexto político de los años referidos en La Rioja, hablar de montoneros era una forma indirecta de señalar a aquellos rebeldes federales que se enfrentaban a las autoridades nacionales. Sobre ochenta y dos casos reflejados en las causas judiciales, De la Fuente señalaba que la mayoría eran oriundos de la provincia, casi todos tenían una ocupación definida y una familia, eran jóvenes de entre veintiuno y treinta años, en gran parte eran analfabetas y sólo unos pocos sabían firmar. Por lo que concluye que "más allá de los momentos de movilización, llevaban una vida estable y estaban lejos de ser criminales o personajes marginales de la campaña riojana".⁴⁸

Con respecto al término montoneras, en ese marco temporal, De la Fuente sostiene que se las concebía como las movilizaciones de

⁴⁷ Ariel de la Fuente, "'Gauchos', 'montoneros' y 'montoneras'", en Noemi Goldman y Ricardo Salvatore, comps., *Caudillismo rioplatenses nuevas miradas a un viejo problema* (1998), Buenos Aires, Eudeba, 2005, pp. 267-292, esp. 273

⁴⁸ *Ibid.*, p. 275.

nivel departamental, provincial o nacional cuyo denominador común era el rebelarse contra las autoridades constituidas. Considera que, en cuanto a su organización, estaba definida por su carácter militar y en consecuencia, con jerarquías y responsabilidades bien definidas entre jefes y seguidores. No obstante, el autor destaca: “la montonera no había escapado a la militarización que la política y la sociedad habían experimentado desde la independencia. Aunque es importante remarcar que la montonera no dejaba de ser una organización de milicianos y, por lo tanto, su funcionamiento concreto estaba muy lejos de alcanzar la eficiencia y disciplina de un ejército profesional y permanente”.⁴⁹

En torno al análisis de las motivaciones que estos gauchos tenían para integrar una montonera, De la Fuente resalta el papel fundamental que el acceso al consumo legal de carne, la apropiación de ropa y la recepción de dinero tuvieron en este sentido. Asimismo, advierte que los incentivos materiales no eran los únicos que regían su incorporación a la montonera y su adhesión al caudillo: “La relación con los caudillos también podía estar formada por intercambios materiales de más largo plazo, como la protección y otras formas cotidianas de clientelismo, y por la identificación cultural, personal y partidaria entre los gauchos y el caudillo”.⁵⁰

Posteriormente, en el marco de sus estudios sobre la conflictividad social en la campaña bonaerense durante la década de 1820, Raúl Fradkin aborda el análisis de las montoneras federales que se desarrollaron específicamente en pueblos rurales de la provincia de Buenos Aires como Avarro y Luján. En estos trabajos, el autor destaca la importancia de considerar en la reconstrucción histórica a “la cultura política campesina y sus modos específicos de interpretación e interacción”.⁵¹

En una primera aproximación, Fradkin considera que en dicho periodo de enfrentamientos políticos y militares agudos, las montoneras eran la forma de designar asaltos o saqueos a pueblos rurales de la provincia.⁵² A partir de la comparación de casos, se observa que sus integrantes parecían estar vinculados por lazos previos de tipo familiar, de vecindad, de sociabilidad estrechados en el ejército, la milicia o la pulpería. De la información sobre los participantes de estas montoneras se destaca una composición social definida mayoritariamente por la-

⁴⁹ *Ibid.*, p. 287

⁵⁰ *Ibid.*, p. 288

⁵¹ Raúl O. Fradkin, “¿‘Fascinerosos’ contra ‘cajetillas’? La conflictividad social rural en Buenos Aires durante la década de 1820 y las montoneras federales”, *Illes i Imperis* (Barcelona, Universidad Pompeu Fabra), núm. 5 (2001), pp. 5-33, esp. p. 6.

⁵² *Ibid.*, p. 17

bradores y en segundo lugar por peones,⁵³ de los cuales algunos eran desertores. El detalle significativo de su condición reside en el hecho de que muchos de ellos eran objeto del desprecio social, dado que testigos y autoridades locales los habían calificado como vagos, jugadores, perjudiciales y ladrones, es decir, potenciales reclutas forzados. Para el autor, esta situación, sumada a la identificación federal que asumían los montoneros explicaría, en este caso, por qué las autoridades locales —los jueces de paz— y los llamados “cajetillas” —los puebleros destacados—, eran los principales destinatarios de los ataques de los montoneros.

Desde esta perspectiva y al considerar el complejo contexto de la montonera atravesado por el enfrentamiento civil entre unitarios y federales y la presión del Estado para reclutar como rasgos determinantes, Fradkin afirma que la evidencia pareciera indicar que estos montoneros traspasan el límite que hasta entonces definía a las “gavillas de salteadores” para alcanzar una instancia de articulación del marco de conflictividad social de la época de modo directo con la disputa política vigente,⁵⁴ algo inédito hasta ese momento.

En síntesis y sin detenernos en las particularidades señaladas por estos autores, podemos concluir que sus investigaciones han contribuido notablemente a romper con las concepciones antagónicas sobre los montoneros, que recorrieron la tradición historiográfica nacional hasta las últimas décadas. Ambos toman distancia de estas visiones canónicas tanto de la corriente liberal como de la identificada con la izquierda nacional y señalan categóricamente aquello que la documentación pone de manifiesto: las montoneras y sus integrantes no conformaron hordas descontroladas e instintivas, ni estallidos de barbarie, ni simples bandas de delincuentes rurales desprovistas de objetivos políticos, ni clientes leales a un terrateniente; tampoco expresaron heroicamente la reacción popular de los pueblos del interior contra la oligarquía porteña o el imperialismo británico.

Si bien confluyeron en la temática a partir del estudio de montoneras y montoneros en distintos contextos tempoespaciales, tanto De la Fuente

⁵³ “El dato central parece provenir de la moderada presencia de peones (entre $\frac{1}{4}$ y $\frac{1}{5}$ de los miembros), lo cual desmiente la idea tradicional de que los montoneros eran el séquito de un terrateniente basado en el peonaje, a la vez que la idea de que el comportamiento político y social de los ‘gauchos’ debía ser radicalmente opuesto al de los labradores, considerados como una clase ‘útil y laboriosa’ —por el contrario, la presencia de labradores era igual o superior a la de los peones: entre $\frac{1}{4}$ y $\frac{1}{5}$ ”, *ibid.*, p. 28.

⁵⁴ Cf. Raúl O. Fradkin, “Asaltar los pueblos. La montonera de Cipriano Benítez contra Navarro y Luján en diciembre de 1826 y la conflictividad social en la campaña bonaerense”, *Anuario IENS* (Tandil), núm. 18 (2003), pp. 87-122, esp. p. 122.

como Fradkin desprenden de un minucioso trabajo empírico una concepción coincidente de las montoneras. Desde la óptica del primero, la montonera era una de las formas que tomaban las luchas partidarias y uno de los modos en que los gauchos participaban en política;⁵⁵ en otras palabras, y sustentada en una mayor complejidad conceptual, para Fradkin se trató de un tipo de acción colectiva desarrollada por poblaciones rurales dotadas de un cierto margen de autonomía y movilidad y que pudo canalizarse a través de variadas y contrapuestas expresiones políticas.⁵⁶ Sin mitos políticos *a priori* que condicionaran sus trabajos, nos proporcionaron una visión más compleja pero también más interesante y fértil a la hora de comprender la dinámica sociopolítica del devenir histórico de la Argentina en el siglo XIX.

Consideraciones finales

COMO afirman Costa y Mozejko, consideramos que la disputa por la verdad histórica constituye, de hecho, una competencia por la producción e imposición de sentidos, de visiones y divisiones acerca de lo digno y lo indigno, lo imitable y lo despreciable, los buenos y los malos.⁵⁷ De esta perspectiva, el quehacer histórico es concebido como un importante mecanismo de poder, en la medida en que la visión consagrada de lo que sucedió puede legitimar el lugar y la función, tanto actual como futura, detenida por un determinado grupo dentro del orden social imperante.

En este sentido, la visión negativa de las montoneras y sus integrantes como sinónimo de la resistencia al "avance de la civilización" en el país, resultó funcional al discurso de la fracción ilustrada de los grupos dominantes de fines del siglo XIX que combatieron las montoneras, en su esfuerzo por legitimar su participación en la construcción del Estado nacional y su posición de privilegio en la estructura social consolidada a partir de entonces.

Asimismo, la revaloración de los montoneros decimonónicos argentinos por parte del revisionismo en sus diversas variantes y su "reencarnación" —desde esta interpretación— en las bases del peronismo proscrito y perseguido de la segunda mitad del siglo XX, deviene en principio de legitimación de la lucha antiimperialista y antioligárquica

⁵⁵ Cf. De la Fuente, "'Gauchos, 'montoneros' y 'montoneras'" [n. 47], p. 287

⁵⁶ Cf. Fradkin, "'Fascinosos' contra 'cajetillas'" [n. 51], p. 7

⁵⁷ Cf. Ricardo Costa y Danuta Mozejko, *El discurso como práctica lugares desde donde se escribe la historia*, Rosario, Homo Sapiens, 2001, p. 70.

que proclamaba e te movimiento en pos de concretar su histórica misión de construir una nación libre, justa y soberana.

Es decir que estas visiones antagónicas sobre las montoneras que recorrieron la historiografía argentina durante décadas estuvieron fuertemente condicionadas por los lugares desde donde fueron producidas. Tanto desde una posición dominante y conservadora del orden establecido como desde una posición subordinada y ansiosa por subvertir la estructura social vigente, la lucha política se tradujo al interior del ámbito historiográfico, avasallando su autonomía relativa y sus bases científicas.

Este sometimiento del trabajo historiográfico al devenir de las luchas por el poder en la escena nacional, generó imágenes estereotipadas del fenómeno de las montoneras argentinas que se arraigaron de tal manera —cada una en su momento— que parecían no requerir de ninguna contrastación empírica.

Sin embargo, como hemos observado en las últimas décadas, la renovación historiográfica en torno a esta temática nos ha permitido acceder a concepciones menos míticas y, por lo tanto, más verosímiles que cuestionan profundamente los supuestos sobre los que se han basado las posiciones antagónicas mencionadas. Estas investigaciones, apartándose de visiones demasiado deterministas del comportamiento social e individual de los montoneros, han posibilitado repensar sus prácticas y el sentido que le otorgaban a las mismas al reconocerles mayores márgenes de acción y autonomía y también de capacidad para influir en el proceso histórico argentino del siglo XIX.

Estos nuevos enfoques tienden a detenerse en las particularidades de los contextos locales por lo que nos permiten construir una imagen mucho más compleja y diversificada en torno a las formas que asumía la conflictividad social y las luchas políticas de entonces.

Si bien es cierto que al material consultado se han incorporado documentos descuidados hasta el momento, el cambio de la concepción radica en el hecho de que se plantean nuevas preguntas a las fuentes y consecuentemente emergen nuevas respuestas ancladas en un mayor rigor científico.

Pareciera entonces que en el presente del campo historiográfico nacional, la lucha por detentar el sentido correcto de la historia ya no se debate entre fracciones políticas en pugna, sino entre aquellos que puedan exhibir mayores credenciales de seriedad académica y profesionalismo, circunstancia que reporta un beneficio inconmensurable al esfuerzo por jerarquizar la investigación histórica como una disciplina científica en el concierto de las ciencias sociales.